

# El Candidato

Cuento de José León Sánchez. Especial para LA REPUBLICA

Todo el día lo pasé escuchando a mi mujer:

--No hay arroz y el cuartillo de papas del viernes se termina hoy a las dos de la tarde; de las tres libras de café no queda más que una onza; azúcar hasta el café de mañana y de carne ni hablar...

--El trabajo está malo, mujer. --Es que todavía te gastas la mitad del día en soplerías.

"Soplas". Es mi apodo al que está aludiendo mi mujer. Es un nombre que me viene desde chiquillo, murmuran mis amigos y gritan los niños de la escuela cuando paso frente a ellos. Es por lo mucho que me interesa la comunidad. Lo mucho que siempre me ha interesado. Por algo soy miembro de varias instituciones sociales que van desde Caballero del Santo Sepulcro, Quinto Vocal del Club Sport Herediano, Miembro de Honor en la Comisión de Jardines de las Tres Ciudades, Miembro Fundador del Colegio -por Ley- de Fontaneros Públicos y Privados, Fundador del Comité de Alcohólicos Anónimos y Secretario Permanente del Club Consolante de Viudas Menores de 35 años.

Además de lo anterior se me han enviado por correo certificado diplomas de tres o cuatro instituciones que ya ni recuerdo.

A veces tocan la puerta y alguien dice:

"Dorindo, necesitamos tu firma"

"No hablé más, traiga acá ese papel"

Mi mujer siempre dice:

--Un día te van a hacer firmar un pagaré en blanco y vamos a perder hasta la casa, por soplas!

No le hago caso porque mi abuelo decía que de "esposas, santidad y capitales, hay que creer la mitad de la mitad de la mitad de las mitades".

No por casualidad: es herencia de familia!

Iba mi mujer a seguir hablando las siguientes 26 horas del día pero tocaron la puerta. Luego regresó a mi taller corriendo, sudorosa, colorada, para medio decir:

--Dorindo, afuera te busca el Señor Candidato del Partido de los Pobres.

--¿El Señor Candidato de los Pobres? -pregunté lleno de sorpresa

-El mismo, espera ahí afuera.

Me asomé por entre la cortina y lo ví! --¿Era el Señor Candidato! De confundir era imposible: ahí estaban en el asiento de atrás los cuatro choferes de relevo que lo acompañaban siempre cuando él se cansaba de manejar; ahí estaba su hermoso Cadillac Dorado con llantas de porcelana, radar sobre el techo y parabrisas de oro. ¡Era él!

--¡Calenté agua mujer! -fue lo único que se me ocurrió decir recordando que el Candidato de los Pobres era un hombre tan humilde que hasta su propia oficina de propaganda lo confundía con un calzoncillo de manta del que usan los campesinos.

No amigo lector, no crea que es obra de la casualidad. Las cosas que a mi me pasan vienen de herencia. Mi familia está llena de gente así: de grandes determinaciones en la hora de la hora.

Vea Usted a mi abuelo de quienes heredé el nombre que ahora tengo. Fue un hombre de grandes aciertos. En determinaciones fue maestro.

Cuando perdió la apuesta con don Romilio se vio precisado a caminar para atrás durante un año, tres meses y 18 días.

Fue respetuoso de Dios, de las leyes y de los hombres hasta el último segundo de su vida. En sus setentisiete años nunca falló un solo día a la misa de las cinco de la mañana, y cuando por la artritis le fue imposible seguir cumpliendo con esa devoción, tomó la determinación de la que todavía se habla en el pueblo: se vistió con el traje de morado de cuando tenía una agencia de cobros y con esfuerzos se dirigió

hasta la iglesia distante trescientas varas desde su casa; subió las escaleras de la torre mayor con mil apuros y dolores y se ahorcó con las cuerdas de la Campana Madre.

Los sucesos que rodearon la vida de mi abuela no fueron ni menos famosos ni más peculiares que las de su esposo. Cuando llegó a conocer a mi abuelo parece que tenía una juventud un tanto tortuosa y los murmuradores de oficio, allá en San Rafael de Heredia, decían que todos los gustos de mi abuelita eran pecados mortales, o engordaban!

Aquí en San Rafael de Heredia todavía se le recuerda. (Por lo de la vaca de los dientes de madera) Fue dueña de la famosa gallina de la pata de palo, el único animal que iba en la procesión del Viernes Santo en ondas tras del Santísimo, ponedora de tres huevos al día durante cinco años. Cuando murió un acuerdo de la Municipalidad ordenó que fuera enterrada, con pompas fúnebres y acompañada por el Ayuntamiento en Pleno, las escuelas, la Filarmónica Cantonal, en el centro del parque donde hoy descansa en paz.

Mis cosas no es que salieron por casualidad: me viene de familia.

Del asunto de la revolución todavía se habla y como mi historia está puesta en libros, dicen que se ha de hablar siempre. Parece que la determinación que tomé es única en los anales militares del género humano. Fui condecorado sobre una piedra, a la sombra de un árbol de guayabo.

Mi General dijo en la Sierra lo mismo que ya está en libros: "Dorindo: su ejemplo de soldado brillará en los Anales de la Patria similar a la gesta del Gran Juan Santamaría que se quemó vivo en una venta de tamales nicaragüenses para la salvación de nuestro pueblo. En la historia de los tiempos, otro hombre, en Maratón, corrió hasta caer muerto en el cumplimiento del deber. Si mi nombre fuera Napoleón Bonaparte, iniciaría mis discursos con su ejemplo como uno de los bienes del soldado, en la hora de la voluntad, en la hora del valor".

La verdad es que no era para tanto. Hice lo que hice porque lo hice y había que hacerlo. En nuestra herencia familiar está lo de las grandes determinaciones. Estábamos acorralados en un cerro a la sombra saliente de las rocas. La aviación enemiga nos bombardeó durante tres días, tres noches y tres horas dejando caer trescientas toneladas de bombas de trescientos kilos cada una. Durante el bombardeo murieron tres generales, tres capitanes, tres coroneles y un soldado. El resto de la tropa -unos cuarenta hombres- quedamos atrapados. El enemigo rodeó nuestro baluarte. El teniente Antolín Barquero, valiente entre valientes, intentó abrirse paso con un cañón entre sus manos y lo partieron en 17 pedazos y medio. No había forma de bajar del cerro: al frente doscientos cañones; a la izquierda 50 nidos de ametralladoras; a la derecha estaban cien hombres esperándonos con un lanzallamas y detrás de nuestro puesto existía un precipicio de catorce mil metros de hondo. Racionamos el agua de toda la tropa acorralada. Después llegó el hambre. Nos comimos las uñas, los callos, el cuero de los cinturones y zapatos y por último hasta nuestras propias palabras.

Y ya usted conoce la historia porque está en los libros: fueron sesenta días y sesenta noches de valor hasta llegar el momento en que hice lo que hice. Los hombres se morían de hambre. Y yo lo hice, no por casualidad, sino por herencia de nuestra familia donde

fueron usuales las grandes determinaciones.

Cuando la tropa agonizaba por el hambre, me arrastré ante uno de nuestros generales agonizantes, me levanté, me puse en firme ante el superior y le dije:

---Hermanos de armas, el hambre ha terminado, me ofrezco para que me coman vivo!

Mi negocio es la fontanería. Soy fontanero de profesión, de vocación y de oficio. Además: colegiado por ley.

Ahora me va mal pero hace tres meses las cosas iban a cambiar. Me hice de un socio e íbamos a montar una fábrica para marcar mecates. Todo estaba listo. Mi socio -hombre de buen talento político- se presentó ante el Ministro de Industrias con una carta que nos dio el Presidente de la República. Y mire usted lo que son las cosas que cuando el Señor Ministro entró en su oficina y mi socio se puso de pie para darle un saludo, en ese momento quedó muerto. Así, de pie, como los generales de 1856. Soy fontanero de lo mejor, de los que lucen. Hice las canoas del Banco de Heredia y todas las del edificio de setenta pisos de don Terencio Sánchez.

Fui partidario decidido del plan para derrumbar la Parroquia, que tiene ya 700 años de construcción y hacer una nueva. ¿Se imagina el trabajo de fontanería que me hubieran encargado para la nueva iglesia?

El Señor Candidato del Partido de los Pobres salió de su automóvil dorado seguido de sus cuatro choferes, 17 guardaespaldas. Luego besó a uno por uno de mis 17 hijos y le dio un beso a mi mujer tan apretado que la babosa duró después tres meses sin lavarse los labios. Me abrazó. ¡Me abrazó! Si señor, eso hizo el Candidato de los Pobres. No lo hizo por mi familia, ya que semejante honor jamás lo hubo en mis antepasados. Fue por pura casualidad.

-Quiero hablar con vos en privado- me dijo el Señor Candidato.

El cuarto que en mi casa hace de sala es muy pequeño pero en algunas forma se acomodó la gente que acompañó al Señor Candidato. Venían además de sus guardaespaldas, tres secretarios el tesorero de turno (el que vende bonos y recoge las colaboraciones) y el biógrafo que iba tomando nota de todas las incidencias históricas de esta campaña política en favor de los pobres, de los campesinos marginados y que luego se iban a immortalizar en un libro de tres páginas en tres tomos. También estaba el Padre Benavides que fue siempre el director espiritual del Candidato de los Pobres hasta un día después de las elecciones.

-La razón de esta visita a su casa, compañero Dorindo, no es una casualidad: en mi partido siempre ha existido un campo de honor para su familia.

"Un campo de honor para su familia" Todos los acompañantes del Candidato aplaudieron y él los volvió a mirar agradecido. El biógrafo sacó una libreta negra y con un lápiz blanco escribió a ritmo de murmullo, en voz queda, pero no tanto como para que el Señor Candidato de los Pobres escuchara:

"Palabras del Líder ante un humilde fontanero. Una frase de inmortalidad político-literaria".

Durante la conversación que en privado realizó conmigo el Candidato del Partido de los Pobres y ante sus 22 acompañantes que aplaudieron 33 veces, repitió "Hermano Dorindo" muchas veces.

La humildad, la sinceridad y el trato que el Señor Candidato de los Pobres tenía para con todo su pueblo, le había hecho famoso.

¿Cómo negarse a formar parte de un movimiento político electoral que tenía más de cruzada por la hermandad entre los hombres, que de lucha política?

El Candidato de los Pobres me rogó ponerme de pie y luego pronunció aquellas increíbles palabras de homenaje a mi persona:

-El hombre que una vez llevó a cabo el acto de heroísmo sin par de ofrecer su vida para que se lo comieran vivo y salvar así del hambre a sus hermanos, es el aporte más grande que un partido unido y nacional puede tener. (Y dijo otras muchas palabras, con pausa y descanso para el biógrafo las fuera anotando.)

-Y por esos méritos nuestro Comité Ejecutivo me ha encargado hacerle esta visita para notificarle que ha sido nombrado Jefe de Acción del Partido de los Pobres y Candidato único a la Presidencia de la Municipalidad del Cantón.

Por turno mi mujer y después este servidor del pueblo, lloramos por la alegría. En la silla donde el Candidato de los Pobres se sentó nunca más nadie lo volvió a hacer ya que mi mujer la rodeó con alambre de púa y la guardó en una esquina de la sala.

El Secretario General de Actas Privadas me dejó una lista de todos los platudillos del pueblo que en ese momento tenían créditos pendientes en los bancos o negocios por hacer con Instituciones Autónomas. El honor que me hizo el Candidato de los Pobres fue más allá de todo lo concebible: como Jefe de Acción estaba autorizado para contraer deudas a mi nombre que después pagaría el Partido gracias a una emisión de trescientos sesenta mil setecientos veinte colones en bonos que se habían emitido.

El nombre del Candidato del Partido de los Pobres y el mío se empezó a leer en todos los rincones de nuestro cantón. Todo lo que con rectitud ciudadana se pueda hacer para ganar unas elecciones, lo hice. Y como no podía permitir juegos sucios cuando nuestro enemigo político pintó en una noche todos los puentes con su bandera, me fui y saqué trescientos galones de pintura de sus mismos colores y en otra noche pinté con la bandera del enemigo todas las escuelas, centros comunales e iglesias, lo que hizo recibir para ellos la repulsa general.

Para fundar y equipar el Club de los Pobres hipotecué mi casa y el poderillo que tenía mi mujer. Como en una campaña política las cosas siempre son diferentes, lo primero que hice fue perdonar las deudas que conmigo, tenían muchas personas. Hice trabajos de fontanería de gratis a tantas personas que se llegó un día en que agoté el crédito que poseía en las ferreterías. Serví de fiador para sacar dinero en más de una de las garroteras nacionales a no menos de setenta partidarios. Hablé y perdoné a mis enemigos de siempre.

A una misa de las cinco de la mañana nunca falté. Estuve presente en todos los entierros, en todos los partidos de fútbol, fui padrino cuarenta niños y fui al novenario de todos los muertos y el cabo de año. Recorrí después del país con el Candidato de los Pobres visitando 700 cantones y trece mil caseríos.

Un mes antes de las elecciones empezaron los problemas. Me cayeron doce embargos y 47 acredores solicitaron mi insolvencia. Los intereses del potrero y de la casa crecían en una barbaridad tanto como para atormentar a mi mujer. Le decía:

-Tené paciencia, mujer, cuando sea Presidente de la Municipalidad y gane trece mil colones por mes pagará toda esa cochina de

las deudas en cuatro meses.

Llegó el día de las elecciones.

A las nueve de la mañana ya en nuestro cantón todo el mundo había votado. Recibí la inmensa alegría de que a las diez de la mañana, según cálculos, era electo Presidente Municipal. Todo el mundo me felicitaba. Los platudos del pueblo se inclinaban a mi paso y saludaban:

-Señor Presidente Municipal, felicitaciones.

A las siete de la noche había recibido 10 mil telegramas de felicitación Cuarenta mensajeros se turnaron desde la provincia hasta mi casa para traer las felicitaciones. El Colegio de Fontaneros por Ley y la Cámara Nacional de Arquitectos, junto con el Colegio de Maestros de Obras, me hicieron llegar una carretada de flores. En la calle principal había un gran letrero dorado que decía:

MANUEL DORINDO  
CORDOBA ESPINOZA,  
TRIUNFADOR.

Las noticias que llegaban sobre nuestro partido en otros lugares de la Nación eran desalentadoras. Se decía que los miembros de las mesas no se presentaron y que fue imposible reunir a los doce mil fiscales que necesitaban las mesas receptoras de votos. Al final Radio Despertador que cubría todo el país, dio una noticia apabullante: que el Candidato de los Pobres había tomado su avión particular y se escondió en una de sus sesenta granjas avícolas (Tenía un famoso gallinero donde sus aves ponían huevos de colores).

A pesar de todo no puede dejar de celebrar. Contraje una última deuda por tres mil trescientos trece colones y puse cantina libre en el pueblo. Esa noche se emborracharon hasta los Miembros del Comité Regional de Alcohólicos Anónimos.

¡Era como un sueño!

Aunque la realidad fue otra... A mí el infeliz que me hable de política soy capaz de pegarle un tiro. Mi mujer perdió el potrero. La casa me la remataron. Hasta los chunches de fontanería fueron sacados a remate.

¡Es cierto!

Durante cuarenta meses anduve huyendo perseguido de la justicia y así fue como me trasladé a Nicaragua.

¡No, no y no!

Jamás pienso regresar al pueblo. Ni casualidad ni cosas de familia, es que uno a veces nace para ser un hijo de nadie toda la vida.

Pues claro, que como Candidato gané todas las mesas del pueblo. Sucedió lo que solamente a mí me puede haber pasado. Cuando el Secretario General del Partido de los Pobres inscribió mi nombre en la papeleta ante el Supremo Tribunal de Elecciones, un tarado dijo:

"DORINDO"? Ese no es un nombre, debe ser apodo.

Pues no es apodo. Me llamo MANUEL DORINDO CORDOBA ESPINOZA "Manuel Córdoba Espinoza" es otro, el hijo de la pulpería en Calle Lobos, el mismo que fue Presidente de la Municipalidad y hoy es Ministro ganando 50 mil colones al mes.

¡Por favor, del Señor Ex Candidato del Partido de los Pobres NO ME HABLEN!

¡No me hablen nunca de él! Se lo pido en firme y Ud. sabe que soy un hombre de grandes determinaciones, no por casualidad, sino por herencia de familia.